

## EL ENSAYO: UN GÉNERO SIN RESIDENCIA FIJA

*Liliana Weinberg*

El sábado 12 de septiembre de 2015, esto es, pocos días antes de la reunión académica que está en el origen del presente libro, el suplemento *Babelia* del periódico español *El País* publicó un artículo (¿ensayo, reseña, testimonio, crónica?) del periodista colombiano Winston Manrique Sabogal, cuyo título es “El fantasma del éxodo, cruel materia literaria”. Al sugerir un listado inagotable de casos de expulsiones, viajes y exilios —desde el ejemplo bíblico de Adán y Eva o el ejemplo clásico de la Odisea en las raíces mismas de la literatura occidental, hasta los movimientos de trabajadores y desocupados, perseguidos políticos y religiosos, o, como lo vemos hoy, “el dolor de la huida” de poblaciones enteras—, el texto nos lleva a conjeturar que tal vez las claves de la vida humana sigan siendo —a pesar de los muchos y memorables esfuerzos por revertir la precariedad de nuestra existencia—, el movimiento, la inseguridad y el cambio, mientras que la residencia fija, el trabajo seguro, la integridad personal y familiar, resulten sólo una rara situación de tregua, amenazada en nuestros días por un modelo económico y social cada vez más excluyente e injusto: una isla de utopía en un mar de contrariedades que representaría sólo la excepción a una regla mucho más amplia de movimien-

tos y sacudidas de nuestras certezas y demostración de que seguimos estando en desplazamiento permanente. La fijeza y la sensación de “tierra firme” se nos aparecen hoy como raros momentos y estados excepcionales de respiro, sueños de residencia fija en un mundo en circulación perpetua.

Por mi parte retomaré estas ideas para pensar el ensayo como un género sin residencia fija, partiendo de un concepto elaborado por Ottmar Ette para pensar la literatura toda,<sup>1</sup> y recuperando este recorrido marcado en diálogo con Gustavo Guerrero desde el ensayo en tierra firme hasta el ensayo como un género sin orillas e incluso como un archipiélago relacional.

Años atrás, uno de los grandes *maîtres à penser* del siglo XX había escrito:

estoy fichado, asignado a un lugar (intelectual), a una residencia de casta (si no de clase). Contra lo cual una sola doctrina interior: la de la *atopía* (la del habitáculo a la deriva). La atopía es superior a la utopía (la utopía es reactiva, táctica, literaria, proviene del sentido y lo pone a andar).<sup>2</sup>

El caso del ensayo, él mismo un género de curiosidad intelectual y de ventanas abiertas, una casa levantada siempre en el cruce de caminos, un género de atopía, que desde Montaigne y Rousseau asocia el pensar con el caminar, la reflexión con el viaje y la exploración del mundo, el discurso con el decurso, nos conduce en muchos casos a concebirlo como un género abierto, sin perfil ni residencia fijos y portador de una clara vocación relacional, tanto en lo que

<sup>1</sup> Según Ottmar Ette, “las literaturas del siglo XXI serán en su mayoría literaturas sin residencia fija, literaturas que tratarán de sustraerse a los intentos de una terminante (re-)territorialización”, véase *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América*, Madrid, CSIC, 2008, p. 19.

<sup>2</sup> *Roland Barthes por Roland Barthes*, trad. de Julieta Sucre, Barcelona, Editorial Kairós, 1978, p. 53.

hace a su clasificación, caracterización, comprensión, como a su propia posición fronteriza y mediadora entre campos y entre mundos, entre formas del pensar y sistemas de representación. Así se nos aparece ya desde el propio Montaigne, gran viajero intelectual él mismo, quien “lo forja como un estilo de pensamiento más que como un género compartimentado”.<sup>3</sup> Ello nos invita a pensar el ensayo en movimiento, y a advertir su cercanía con los viajes y los exilios, con los procesos y las derivas, con la actividad, la exploración, la performación del acto de entender, con la captación fenoménica e inestable de nuestra relación con el mundo.

El intento de situar y clasificar el ensayo es “atar a Proteo”:<sup>4</sup> obligarlo a ubicarse en categorías fijas no debe hacernos olvidar su carácter procesual y relacional; asociarlo con el libro y la imprenta, con un determinado soporte y una cierta notación, no debe llevarnos a desatender su vocación escritural, su vida editorial, y su permanente exhibición de un diálogo entre el estilo del pensar y el estilo del decir.

Me pregunto si no será tal vez una cierta tentación de institucionalización y clasificación, una cierta vocación formalista y académica, la que nos ha hecho tratar de ver al ensayo como cristalización, como etapa congelada de un proceso vivo, y así fijarlo en todo lo que tiene de movimiento y vitalidad: el ensayo apunta a la dinámica del entender y del nombrar, de la lectura y del diálogo, cruce, combinatoria, mudanza, apertura: “el ensayo tiende al mestizaje más que cualquier otro tipo de discurso sobre la realidad” dice Alfre-

<sup>3</sup> Alfredo Fierro, *Humana ciencia. Del ensayo a la investigación en la Edad Moderna*, Anthropos, Barcelona, 2011, p. 28.

<sup>4</sup> Esta expresión retoma el “Binding Proteus” de O. B. Hardison, “Binding Proteus: An Essay on the Essay”, en Alexander J. Butrym, ed., *Essays on the Essay: Redefining the Genre*, Athens y Londres, The University of Georgia Press, 1989, y el “Lier Protée” de Pierre Glaudes y Jean François Louette, *L'essai*, París, Hachette, 1999.

do Fierro, y “actúa como esponja capaz de absorberlo todo, de apropiarse e impregnarse de cuanto encuentra a mano”.<sup>5</sup>

En 1908, Simmel se refiere, en uno de los ensayos contenidos en su obra *Soziologie*, al extraño-extranjero, y dice:

Si deambular, en cuanto desarraigo respecto de cualquier punto en el espacio, es la antítesis conceptual del arraigo a algún lugar, entonces la forma sociológica del “extranjero” representa, en cierto modo, la unidad de ambas determinaciones, aunque a la vez revela que la relación con el espacio no sólo es condición de las relaciones humanas sino que también las simboliza.

Aquí, por lo tanto, no se considera al extranjero en el sentido frecuente del término, como el vagabundo que llega hoy y se va mañana, sino como aquel que llega hoy y permanece mañana: por así decirlo, el vagabundo en potencia que, aunque se haya detenido, no se ha liberado todavía del ir y venir.

Se ha quedado fijo dentro de un círculo espacial predeterminado —o de un círculo cuya determinación es análoga a la espacial— pero su posición se caracteriza esencialmente por el hecho que desde el principio no pertenece a él y trae consigo características que no provienen ni pueden provenir del mismo.<sup>6</sup>

Su carácter proteico, prometeico y viajero (como proteicos, prometeicos y viajeros son los rasgos de los exiliados, los autoexiliados, los expulsados, los perseguidos, los intelectuales críticos o los observadores que toman distancia, los seres en movimiento, los que van en busca de trabajo, huyen de las persecuciones fanáticas o simplemente escapan de la muerte), lo hace muchas veces inasible, inquieto, género propio del movimiento, el viaje y la migración, ligado a la adopción de la perspectiva de un yo que toma dis-

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>6</sup> Georg Simmel, *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, Berlín, Duncker und Humblot, 1908, p. 509. Consultado en <http://socio.ch/sim/soziologie/index.htm>. La traducción es mía.

tancia crítica de la propia cultura, en una operación intelectual afín al acto de entender y participar, género para el cual la errancia y el nomadismo son la regla, al tiempo que la fijeza y el sedentarismo son la excepción. El ensayo abre un claro en “la densa selva de lo real” para detenerse a pensar.

Si el ensayo puede interpretarse como un género sin residencia fija puede verse también —como dice Bolívar Echeverría respecto de la obra de Federico Álvarez— como *un pensar a la intemperie*,<sup>7</sup> un alto en el camino para, entre los que no tienen casa, prender el fuego hospitalario e iluminador del pensar: el fuego nuestro en que se hacen energía productiva y alimento la razón, la crítica y la imaginación, la presentación de mí para ti y el reconocimiento de lo propio a través del diálogo con el otro, para así convertir el acto de pensar en un problema social humano, en un pensar que no se embelesa ante lo concreto o ante lo que simplemente hay (esto es lo que hay) sino que “se sigue de frente”, haciendo cada vez de lo humano su nuevo objeto de reflexión.

En el ensayo —un tipo de texto anclado en el movimiento y la relacionalidad, en el despliegue temporal y espacial del discurso y en el recorrido de los temas como una forma de examen imperiosamente vital del mundo y del momento que nos tocó vivir—, entran en contrapunto el estudio de sí y de los otros, la pulsión de biblioteca y la tentación de aire libre, la exploración de la intimidad y la apertura al espacio público, la lectura de la experiencia y la experiencia de la lectura, la combinatoria de ciencia, vida y conciencia, así como, sobre todo —tal y como ha sido el motivo central de nuestro proyecto, nuestro encuentro y nuestro libro—, la permanente puesta en diálogo, la postulación de espacios libres y de alta tensión de pensamiento en que se da el ejercicio de la amistad intelectual, la práctica de la escritura

<sup>7</sup> Bolívar Echeverría, “Federico Álvarez y el elogio del eclecticismo”, *Theoría* (FFYL, UNAM), núm. 14-15 (junio de 2003), pp. 196-197.

y la escucha, con la consecuente capacidad multiplicadora, irradiadora, proyectiva en el espacio literario y en el espacio público, como enjambre liberador de sentidos, que tiene la conversación de buena fe.

Si en un encuentro signado por el diálogo hemos querido propiciar la convivencia y la escucha entre pares, hemos querido también atender a las notas particulares que ha alcanzado el ensayo en nuestra región, y entre ellas, realzar el lugar que tienen la historia intelectual, la historia cultural, las dimensiones de sociabilidad y materialidad en que se inscribe toda forma escrita, para alcanzar una mayor comprensión del ensayo mismo, siempre puesto en relación con el mundo en general.

El ensayo —ha observado de manera memorable Adorno—, no sólo representa lo pensado sino el proceso mismo de pensar. El ensayo representa también, agreguemos, el diálogo, la polémica, la amistad intelectual, en un rasgo que se confirma de manera notable en autores como Alfonso Reyes, quien una y mil veces convirtió el encuentro entre libros y lecturas en una conversación entre amigos, al mismo tiempo que el encuentro entre amigos en un diálogo de libros y lecturas.

Pero el ensayo no sólo representa el proceso de interpretación y la búsqueda de sentido conforme al modelo del conversar: también construye y crea. El ensayo no sólo es producto de un acto enunciativo: es tanto resultado como recreación de un lugar de enunciación, la construcción de la figura de un sujeto pensante y las posibilidades de diálogo; es a un tiempo fruto, representación y remodelación de las condiciones pragmáticas de la propia enunciación, que quedan inscritas ahora a través de la escritura aunque reenvían permanentemente a las condiciones de origen ya reinterpretadas.

Como todo recién llegado a nuevas tierras, como todo el que siente y sienta extrañeza, el ensayista explica el mundo y se explica a sí mismo desde la propia y novedosa

situación vital en que se inscribe su discurso. La puesta en tensión entre su *filiación* originaria y su *afiliación* electiva conduce al ensayista a pretender que sí hay tal lugar: un lugar postulado y construido simbólicamente al mismo tiempo. De allí la cercanía del ensayo con otras formas de exploración de sí y los otros como el diario o la carta.

Es así como el ensayista busca superar la desconfianza provinciana ante lo nuevo o lo distinto, para refundar condiciones de diálogo y escucha, así como para generar nuevos espacios de intercomunicación e intelección.

A lo largo de estas páginas han desfilado distintas propuestas y modos de aproximación al tema, y en particular las que tienen que ver con cuestiones de sociabilidad y materialidad, así como con la historia intelectual y el intercambio de ideas.

El lugar central que ocupa en nuestra obra Alfonso Reyes, a más de cien años de distancia de *Visión de Anáhuac* (1915) y el desde entonces inolvidable epígrafe humboldtiano: “Viajero: has llegado a la región más transparente del aire”, confirma una vez más que Reyes fue uno de los hombres de letras que con mayor percepción intentó conciliar el diálogo, el viaje y el ensayo, tematizando e integrando los primeros al último, sí, pero también convirtiendo al último en piedra de toque de todo diálogo y todo viaje, en una imaginaria cinta de Moebius que los habrá de vincular en un eterno presente y en ese lugar de lugares que es la creación literaria.

Desde Alfonso Reyes hasta Ricardo Piglia, los más lúcidos de nuestros escritores se han preguntado por la relación entre la literatura, las nuevas tecnologías y las nuevas artes. Ambos han coincidido en reconocer el carácter histórico de la literatura, así como también que en el ámbito del sentido no hay propiedad privada que valga y que la ilusión de todo escritor es apelar a un uso creativo y complejo del lenguaje. Los nuevos medios y tecnologías contribuyen a expandir la

cultura y a aligerar a distintos géneros y tipos literarios de problemas técnicos, a la vez que las obras atraviesan nuevos procesos de estetización. Ambos han celebrado también la relación íntima entre escribir y leer: nuevo continuo altamente productivo. Si, como recuerda Piglia, para Barthes la literatura empieza cuando escritor, crítico y editor se separan y especializan, hoy estamos contemplando el fin de esa etapa: la computadora vuelve al creador uno y trino, en una mezcla que puede resultar productiva y a la vez atentatoria de la especificidad y la distinción que hasta hace poco alimentaban el campo literario. Otro querido maestro, Federico Álvarez, ha sometido fuertemente a examen la cristalización, la automatización, la fosilización, la tecnocratización, de la crítica: en pocas palabras, la ceguera crítica, que puede desembocar en esperpentos que asesinen la lectura, y que lejos de respetar la pausa, el ritmo, la especificidad del encuentro estético lo reduzcan a una caricatura vacía. Si hay una enfermedad que simboliza una época, como quería Susan Sontag, la nuestra es la que combina el hambre y el hartazgo, la falta de pan y la saciedad, la desnutrición y el exceso.

Dijo también Roland Barthes: “adivino que hay *figuras de producción*, operadores de texto. Ellos son, entre otros, aquí: la evaluación, la nominación, la anfibología, la etimología, la paradoja, el encarecimiento, la enumeración, el toriquete...”.<sup>8</sup> Por nuestra parte hemos querido plantear que el diálogo (en un arco mucho más amplio que va de la confianza autobiográfica a la conversación entre amigos y a la polémica en la plaza pública) es otra de estas posibles figuras de producción u operadores de texto. Y este operador textual no hace sino traducir una práctica social, en un ida y vuelta que lo acerca en muchos sentidos al género epistolar.

Se han propuesto también a lo largo de los encuentros de este proyecto cuestiones clave de la historia de las ideas y

<sup>8</sup> Roland Barthes, *op. cit.*, p. 100.

la historia intelectual para entender la dinámica del género en la región. El propio concepto de historia sigue mostrándose como nudo problemático central que atraviesa el ensayo y otras formas de la prosa de ideas que, atraídas por el creciente proceso de formalización y especialización del discurso académico, filosófico y de las ciencias sociales, comienzan a revisar los respectivos campos y esferas, las leyes del género y las reglas de producción del conocimiento.

Y a este respecto, el nuevo gran protagonista en estas tensiones y reacomodos, encuentros e incomprensiones, será el problema del lenguaje mismo. Además de la libertad del ensayo —a la que muchos atribuyen el carácter asistemático de esta clase de textos—, lo que hace de él un género indisciplinado es que pone en relación series heterogéneas y que, en su apropiación de ideas, no lidia directamente con conceptos o nociones abstractas, que son puramente ideales, sino con objetos intelectuales que, una vez más con Barthes, son creados por una suerte de presión sobre el significante, y se trata ahora de un pensamiento-palabra que va a echarse a correr por el lenguaje a través de mi escritura.

Si, como dijo de manera primorosa José Gaos, nada hay como asistir al pensar del pensador y al escribir del escritor, sabemos una vez más que cuando el verbo ensayar se convierte en el sustantivo ensayo se llega al campo de los reacomodos simbólicos en las jerarquías académicas y en las discusiones y pugnas entre formas del conocimiento.

El ensayo se pone en tensión entre la representación moral del mundo que tanto preocupaba a Reyes y la moral de la representación del mundo en una época en que muchos caminos parecen ya agotados y se buscan nuevos compromisos familiares y hasta relaciones peligrosas entre formas y modos del discurso. No se trata sólo de cambios de soporte y de formas de circulación, sino de nuevos pactos de lectura y escritura en un momento que algunos consideran post-

autónomo, en que la ley del género parece rota y se exacerbaban las formas de contacto, cruce y mezcla.

En “Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas” (1989), Pierre Bourdieu reflexiona sobre el riesgo que implica que los textos circulen sin indicación de su contexto, esto es, que a la hora de pasar o “ser importados” de su campo original de producción a un nuevo campo de recepción, no los acompañen las señas del campo de producción en cuyo seno nacieron, y que a esta primera descontextualización se sume un segundo fenómeno, ya que serán interpretados por quienes los reciban según su propio campo de recepción. Es así como la transferencia de ideas de un campo nacional y nocional a otro se da a través de una serie de “operaciones sociales”: una operación de selección, una operación de marcado y una operación de lectura, a través de las cuales se decide qué, quién y dónde se traduce o se publica un texto, y a través de qué casa editorial, colección, trabajo de traductor o prologuista, etc. Este hecho puede llegar a generar, en muchos casos, fuertes incomprensiones, cuando no “formidables malentendidos”, en cuanto “el sentido y la función de una obra extranjera están determinados por lo menos tanto por el campo de recepción como por el campo de origen”. Primeramente, porque el sentido y la función dentro del campo de origen suelen ser con frecuencia completamente ignoradas. Y también porque la transferencia de un campo a otro se hace a través de esa serie de operaciones sociales: una operación de selección (¿qué es lo que se traduce? ¿qué es lo que se publica? ¿quién traduce? ¿quién publica?); una operación de marcado (de un producto ya previamente “rebajado”) a través de la casa editorial, la colección, el traductor y el prologuista (quien presenta la obra al tiempo que se la apropia y anexa a su propia visión, y en todo caso, a una problemática inscrita en el campo de recepción y que no hace sino muy raramente el trabajo de reconstrucción de su campo de origen, para em-

pezar porque es muy difícil); una operación de lectura en fin, en cuanto los lectores aplican a la obra las categorías de percepción y las problemáticas que son el producto de un campo de producción diferente.<sup>9</sup>

¿Qué fue primero? ¿Esta capacidad del lenguaje para entrar en diálogo con el mundo o esta capacidad del ser humano para poner al mundo en diálogo a través del lenguaje? ¿Qué fue primero, el ensayar o el ensayo? ¿Se trata de una operación intelectual viva que consiste en pensar a través de la escritura y que sólo podemos captar a través de nuestra propia lectura, ya que es la lectura la que vuelve a la vida un texto que es producto de una serie de operaciones de edición y publicación? ¿Qué fue primero, la regla constitutiva y compositiva general del ensayo —el que piensa escribe— o la manifestación concreta de cada ensayo particular? Si atendemos al acto de ensayar, sabemos que hoy se hace extensivo a nuevas manifestaciones: el ensayo cinematográfico, el ensayo visual, el ensayo tipográfico... Así, como lo mostró Marina Garone, el ensayo tipográfico de Vicente Rojo es la manifestación gráfica a través de la cual se hace visible la vida creativa, la decisión del artista. Y como lo demostró Efrén Giraldo, el acto de ensayar, vuelto una vez más verbo, se asocia también a la búsqueda y exploración de diversas manifestaciones de la creación y la experimentación.

Si Montaigne logró por primera vez agregar elementos, combinar series heterogéneas, muchas de ellas provenientes de distintas prácticas culturales, circulación de conocimientos y tradiciones letradas —nada menos que imprenta y nuevo mundo— para crear el mundo nuevo del ensayo, logró constelarlos alrededor de la figura activa y abierta del sujeto pensante. Él mismo entrevió la existencia de una nue-

<sup>9</sup> Véase Pierre Bourdieu, "Les conditions sociales de la circulation internationale des idées" (1989), *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 145 (2002), pp. 3-8.

va esfera, la esfera de lo público, y de allí que a lo largo de su historia el ensayo se transformara acompañando la expansión de ese espacio de diálogo, interpretación y polémica. Pero a la vez, ese sujeto pensante se nutre de la experiencia viva del yo y su inscripción en el mundo a partir del acto enunciativo.

Si Montaigne agregó e imantó la infinidad de posibilidades en torno a la emergencia de la conciencia del sujeto que se reconoce reflexivamente a partir del diálogo con el mundo, en nuestros días, cuando se repliegan las formas acostumbradas de lo público, el ensayo parece desagregarse en sus distintos componentes —el sujeto centrado en la propia experiencia, la prosa de dicción y no ficción, el espacio social del que somos testigos, el mundo interpretado, escrito y enunciado desde la primera persona, el poder expansivo de la reflexión, la imaginación, la crítica, el diálogo *inter pares*, el sostén del trabajo intelectual— para recombinarse de mil modos y abrirse a nuevos géneros, pactos de lectura y asociaciones, nuevo Proteo.

En el ensayo, el sentido se postula y pone en circulación a través de esa forma del don, la gratuidad, la libertad, que asociamos también con la amistad y el diálogo. Hemos visto cómo la buena fe, la sinceridad, la transparencia, son cifra de la construcción del ensayo y base de un pacto de inteligibilidad. El ensayo vincula mundos, experiencias y saberes, nuevo Prometeo.

Existe también la otra cara de la moneda. En esta exasperada relación entre literatura y mercado, el ensayo puede ser vaciado de sentido y sometido a la dictadura del editor vernal o a las exigencias comerciales del estante donde se ofrecen novedades. Al mismo tiempo, en esta ríspida relación *entre la aventura y el orden, entre la libertad y el miedo*, el ensayo puede quedar convertido en la prosa conformista de la fórmula y de la tecnocracia que reduce la inteligencia y la disidencia.

Si a través de estas páginas hemos abierto la posibilidad de pensar el ensayo desde el modelo del diálogo, la participación y el encuentro intelectual, es porque consideramos que en él la búsqueda de sentido se ve reforzada por el modelo en movimiento de una conversación abierta.

Esperamos que la lectura de estas páginas permita también presagiar que el ensayo persistirá en asomarse a nuevas regiones inexploradas del acontecer social y de la trama de significados, a través del acto más propiamente suyo que es el de entender, construyendo sentido a través de la escritura, afirmando la libertad crítica y creativa, postulando situaciones nuevas, espacios inéditos del pensar, sometiendo a examen lo que nos sucede, poniendo en valor nuestra experiencia y vinculando series heterogéneas que coexistían sin vocación de pensarse juntas, nuevo Prometeo que a cada instante confirma con asombro que nuestro mundo está siempre destinado a descubrir otro.